

El cristianismo de Dostoievski.

Capítulo VIII

La misión de Rusia¹

José Luis Flores

La intelectualidad rusa volverá sus pasos hacia el pueblo y comenzará una nueva era para Rusia y, quizás, para el mundo. El pueblo y los intelectuales se unirán para que termine el período universal de purificación y llegue el paraíso. Desde el momento en que la humanidad sucumbió al pecado y se apartó de Dios se inició un proceso continuo de purificación, que determina en gran medida el curso del desarrollo en nuestro planeta, y esta purificación no se lleva a cabo como un castigo de Dios, sino como una condición necesaria para que el hombre pueda vislumbrar y contemplar a Dios nuevamente.

Los espíritus celestiales están confundidos por pensamientos pecaminosos y han perdido su pureza, el polvo mental ha ocultado a sus ojos temporalmente la luz, dando lugar a la gran separación. A pesar de las tendencias generales de desintegración, el pueblo ruso, según el pensamiento de Dostoievski, se mantuvo unido gracias al hecho de que no sucumbió a la tentación de la civilización y logró mantenerse a sí mismo como portador de la verdad y la luz. Por eso es que tanta falta le hace el pueblo a la intelectualidad: la ayudará a quitar el polvo de sus ojos y luego iluminará la verdad en las mentes y en las almas de las personas educadas y, como ya se ha dicho, a cambio ellas le darán al pueblo las ciencias, las cuales no tendrán una influencia corruptora en éste, ya que tal pueblo tiene fuertes raíces y todo lo que acepta está sujeto a principios morales que no provienen de valores transitorios, sino de ideales eternos que Dios estableció originalmente en el alma del hombre y que el pueblo ruso guarda con tanta devoción en su corazón.

La intelectualidad rusa seguramente regresará al pueblo y traerá consigo las ciencias occidentales, pero más importante que las ciencias, también traerá una visión más amplia del propio lugar de Rusia en el proceso de salvación y del avance general de la humanidad hacia la realización del ideal. Antes no podía hacerlo porque estaba

¹ El presente es el capítulo VIII de mi libro *El cristianismo de Dostoievski* (Христианство Достоевского), escrito originalmente en ruso. Las traducciones de las citas de las obras de Dostoievski son mías y las consigno a partir de la edición académica de las *Obras completas en 30 tomos* de Dostoievski (Полное Собрание Сочинений а тридцати томах). Cada cita tomada de esta edición incluye al final, entre paréntesis, primero el número de tomo y luego el número de página.

encerrada en sí misma. La Rusia anterior a Pedro I el Grande conservaba su piedra preciosa (la ortodoxia), pero no tenía la capacidad de influir en el resto de la humanidad; era como si no pensara en ello. Vivió su vida y se contentó con su servicio a Dios y su amor por Él. Sin embargo, en tal estado el espíritu ruso no podría encontrar su plena realización, ya que, como afirma Dostoievski, «el espíritu humano universal es la capacidad distintiva y personal de nuestra nación» (20, 170). En otras palabras, encerrarse en sí mismo era para el espíritu ruso algo opuesto a su naturaleza. Por lo tanto, la apertura de una ventana a Europa, realizada en la era de Pedro, era necesaria. Después de visitar Europa y conocer su cultura, el intelectual ruso vio que allí «todos los europeos van hacia el mismo objetivo, hacia el mismo ideal. [...] Pero todos ellos se separan por intereses propios del suelo al que pertenecen, excluyentes entre sí hasta la irreconciliabilidad, y se separan cada vez más y más por caminos diferentes, apartándose del camino común. [...] Cada uno de ellos se esfuerza por encontrar el ideal universal en sí mismo, con sus propias fuerzas [...], cada uno, por separado, quiere hacer lo que sólo todas las naciones pueden hacer, todas juntas, con fuerzas comunes y unidas. [...] Las ideas de la humanidad unificada como un todo se borran cada vez más entre ellas. En cada uno de ellos recibe una forma diferente, se atenúa, toma una nueva forma en la mente. El vínculo cristiano, que hasta ahora los ha unido, [...] pierde su fuerza» (18, 54). En tal caso, ¿qué podría dar *de positivo* a los rusos el encuentro con Europa? Ella dio esa ampliación de la mirada que se mencionó anteriormente. Gracias a este encuentro Rusia se reconoció por primera vez y sintió de lo que era capaz. La «ampliación de la mirada» consistió en que en Europa, una capa educada de la sociedad rusa se dio cuenta de que «en el carácter ruso se observa una fuerte diferencia con el europeo, [...] que en él, por excelencia, se da la capacidad altamente sintética; la capacidad de llevar al mundo la total reconciliación, la humanidad absoluta. En el hombre ruso no existe la torpeza, la impenetrabilidad, ni la rigidez europeas. Se lleva bien con todos y se acostumbra a todo. Simpatiza con todo lo humano más allá de la distinción de nacionalidad, sangre y raíces. [...] Por instinto adivina el rasgo universal, incluso en las más severas excepciones de otros pueblos: inmediatamente establece la concordia, los reconcilia en su idea [...] y a menudo abre un punto de unión y reconciliación en las ideas completamente opuestas y rivales de dos naciones europeas diferentes [...] Al mismo tiempo, en el hombre ruso se ve la capacidad más completa de

la crítica más sensata sobre sí mismo, la mirada más sobria sobre sí mismo y la ausencia de toda exaltación de sí mismo que perjudique la libertad de acción» (18, 55)².

La «ampliación de la mirada», desde el punto de vista de Dostoievski, consiste precisamente en el descubrimiento por el hombre ruso de su capacidad de reconciliar y unificar las ideas que llevan en sí los diferentes pueblos y encontrar lo universal que contienen. La Rusia anterior a Pedro I no conocía tal capacidad en sí misma, vivía sólo con el conocimiento de que en sus entrañas se guardaba esa joya de Cristo, que ya no se conservaba en otras naciones. Rusia se cerró al mundo para preservar esta joya, para que la imagen de Cristo no se pervirtiera debido a la mala influencia externa. Pero ella estaba equivocada. Al cerrarse, Rusia contradujo su esencia: precisamente porque guardaba la verdadera imagen de Cristo, necesitaba la «negación» de sí misma para desarrollarse más. El mérito de Pedro el Grande fue que, según el escritor, éste sintió esta necesidad de Rusia y llevó a cabo sus reformas, tal vez no tanto para que Rusia saliera de su atraso, sino para que pudiera cumplir el papel para el que estaba destinada. En este sentido, la importancia de Pedro I, según el novelista, aún está subestimada. Y el papel de Rusia, como entendió la mejor parte de la intelectualidad, consiste en el acuerdo y en la reconciliación de las ideas de los diferentes pueblos, en el servicio a ellos, para que no se pierdan en sus desviaciones del camino común, ya que buscan el ideal humano común sólo dentro de sus peculiaridades nacionales y despreciando lo que no corresponde a sus propias ideas y características de la nación. Europa vivía en la discordia, a pesar del hecho de que todas sus naciones tenían el mismo objetivo humano y comenzaron a verse hostiles entre sí y se separaron. Pero el hombre ruso, capaz de encontrar lo universal que está contenido en la idea de cada nación, puede reconciliarlos y unirlos nuevamente. ¡Aquí está la misión de Rusia! Reconciliar y unir lo que a otras naciones les parece imposible, servirles incluso, aparentemente, en contra de los propios intereses rusos. El pueblo ruso no debe, no tiene derecho a encerrarse en sí mismo, con la esperanza de mantener limpia su joya, sino que debe ir al mundo y reconciliar, unificar, disipar la niebla que envolvió a la humanidad con la ayuda de esta

² Incluyo estas últimas citas largas, tomadas de la revista *Tiempo* de 1861, porque, en mi opinión, son una especie de manifiesto de Dostoievski. En efecto, en ellos encontramos ya las ideas principales que el escritor repite a lo largo de su vida posterior, tanto en obras de ficción como en artículos periodísticos (véase, por ejemplo, la parte del segundo capítulo del *Diario del escritor* de junio de 1876, titulada *La comprensión utópica de la historia* y luego su famoso discurso sobre Pushkin, al que el novelista dedicó el único número del *Diario del escritor* de 1880). Veinte años de distancia entre la publicación del artículo en la revista *Tiempo* y del discurso acerca de Pushkin no cambiaron en absoluto las opiniones de Dostoievski, sino que, por el contrario, fortalecieron su fe en la exclusividad del carácter y la misión del pueblo ruso.

misma joya, porque sólo al mostrar al mundo la imagen luminosa de Cristo, cumplirá su propósito.

Dostoievski creía que desde la reforma de Pedro I se formaron en Rusia tres grupos entre los intelectuales que reaccionaron de manera diferente a sus raíces. El primer grupo estaba formado por los rusos iliberales que se unieron a los conservadores de extrema derecha de Europa e incluso se convirtieron al catolicismo (algunos a los jesuitas) y se transformaron en enemigos de Rusia, perdiendo todo lo ruso que había en ellos. Los segundo y tercer grupos, debido a su rusismo, se distinguieron por su negación de Europa, pero si el segundo grupo (los occidentales) se unió a los socialistas en busca de nuevos principios universales y no regresó conscientemente a sus raíces, asumiendo que Rusia era la misma Europa, el tercer grupo (los eslavófilos) volvió su mirada hacia su propio pueblo, afirmando sus valores como verdaderamente universales.

En esencia, tanto los occidentalistas como los eslavófilos crearon una cierta síntesis de todas aquellas ideas que Europa desarrollaba en sus distintas nacionalidades; ambos perseguían igualmente ideales universales y participaron por igual en la «ampliación de la mirada» del pueblo ruso. Sin embargo, por un malentendido, sólo los eslavófilos, al comprender que Rusia se diferencia sustancialmente de Europa, volvieron hacia su propio pueblo y encontraron en él aquello que podría finalmente resolver todas las contradicciones del mundo, es decir, el amor fraternal hacia todos y todo basado en la imagen de Cristo, preservada en la ortodoxia y en el alma del pueblo. Esto es notable, ya que, de acuerdo con Dostoievski, lo único capaz de renovar a la humanidad y reconciliarla es la verdad de Cristo, que algún día se realizará en la tierra con la participación activa de Rusia. Además, toda la esperanza de Dostoievski no residía sólo en esta unión de los eslavófilos con su pueblo, sino también en que los occidentalistas terminarán por regresar al pueblo y unirse a los eslavófilos. Él consideraba que ambos grupos de intelectuales rusos se separaron únicamente por un malentendido o errores del intelecto, pero no del corazón; como bien se sabe, «los errores y confusiones del intelecto desaparecen más rápido, y sin dejar rastro, que los errores del corazón» (25, 5), y son curados «por una lógica irresistible de eventos vivos y reales de la vida misma, que con frecuencia contienen en sí mismos la conclusión

necesaria y correcta que indica el camino directo [...] en plazos muy breves, a veces incluso sin esperar a las generaciones siguientes» (*idem*)³.

Cuando la mayor parte de la intelectualidad se una con el pueblo, Rusia podrá desplegar plenamente sus alas, será capaz de reconciliar las contradicciones europeas y unir a la humanidad en una fraternidad y amor comunes. En ese momento, Rusia brillará y alumbrará al mundo y, finalmente, dará salida a su necesidad de sufrimiento y servicio total a la humanidad⁴, ya que sufrir por la paz, por su sanación y felicidad es una necesidad profundamente arraigada en el alma misma del pueblo. En ello reside su dicha. Rusia transformará el mundo con su resplandor y su propio acto heroico de fe y, por supuesto, de sufrimiento.

En la novela *El Adolescente*, el viajero Makar Dolgoruki aconseja al joven Arkadi: «Ve y reparte tu riqueza, conviértete en servidor de todos. Y serás más rico que antes, incontables veces; porque [...] serás feliz [...] multiplicando un amor infinito. ¡No es una pequeña riqueza, ni cien mil, ni un millón, sino todo un mundo lo que adquirirás! [...] ¡entonces no habrá huérfanos ni pobres, porque todos serán míos, todos serán familiares, a todos habré adquirido, a cada uno los habré comprado! [...] Entonces también adquirirás sabiduría [...] estarás cara a cara con Dios mismo; y la tierra brillará más que el sol, y no habrá tristeza ni suspiro alguno, sólo un único e invaluable paraíso...» (13, 311).

Las palabras de Makar se pueden poner en la boca del propio escritor y entonces ustedes verán exactamente las ideas de Dostoievski sobre el papel de Rusia en el destino de la humanidad. Ella dirá la palabra final a través de la cual «Occidente fracasará» (26, 224), arrojando de sí mismo toda su escoria, y encontrará a Cristo nuevamente. Rusia salvará al mundo, ya que la salvación sólo está en Cristo y Él en su forma pura se conserva sólo en Rusia. El mundo será purificado por el Cristo ruso, y entonces desaparecerán la injusticia, la pobreza y el sufrimiento. El mundo verá a Dios y volverá a Él para no alejarse nunca más.

³ Aparentemente, se puede suponer que, para Dostoievski, el acontecimiento que le brindó, con su «lógica irrefutable», la oportunidad de llegar a una conclusión correcta fue la guerra con Turquía de 1877-1878

⁴ Encontramos la necesidad de servicio a la humanidad, además de en los héroes positivamente hermosos de Dostoievski, también, por ejemplo, en Kirillov. Con su suicidio, espera salvar el mundo. Así, en los materiales preparatorios de la novela *Demonios*, Dostoievski escribe sobre su héroe y sus semejantes: «en Kirillov está presente la idea rusa de sacrificarse ahora mismo por la verdad. [...] Sacrificarse a sí mismo y a todo por la verdad es el rasgo nacional de la generación. Dios la bendiga y le envíe la comprensión de la verdad. Pues toda la cuestión radica en saber en qué consiste la verdad. Para eso se escribió la novela» (11, 303).

Rusia salvará al mundo porque ningún pueblo es capaz de un sacrificio tan desinteresado en nombre de la verdad de Cristo como el pueblo ruso. Sólo él es capaz de la gran hazaña de compasión y sufrimiento por la felicidad de otros pueblos y en esto ve el desarrollo más alto de su personalidad nacional. Dostoievski creía santamente en esto; en su opinión, todo hombre ruso debe creer, porque, como escribió en el *Diario del escritor* de 1877, no sólo un hombre individual, sino en general, «todo pueblo cree y debe creer, si tan solo quiere vivir largamente, que en él y sólo en él se encuentra la salvación del mundo, que él vive para estar a la cabeza de los pueblos, unirlos a todos en uno alrededor de sí y conducirlos en un coro unificado al objetivo final al que todos están destinados» (25, 17)⁵. Por supuesto, no importa lo que piensen de sí mismos estos grandes pueblos, pero sólo uno de ellos contiene la palabra final de salvación para toda la humanidad y, naturalmente, este pueblo es el ruso.

Hay que decir que Dostoievski destaca la excepcionalidad y la altura del pueblo ruso en comparación con el resto de los pueblos no por un desprecio consciente de las virtudes nacionales de otros pueblos. Después de todo, si el pueblo ruso es verdaderamente un «portador de Dios», un portador de la verdadera fe, de la verdadera imagen de Cristo⁶, entonces, consciente de su excepcionalidad, no reclama el poder

⁵ Compárense las palabras de Shátov en la novela *Los demonios*: «Todo pueblo sigue siendo pueblo, [...] mientras crea que su Dios vencerá y expulsará del mundo a todos los demás dioses. Así han creído todos desde el comienzo de los tiempos, al menos todas las grandes naciones, aunque sea un poco marcadas, todas las que estaban a la cabeza de la humanidad. Si el gran pueblo no cree [...] que él solo es capaz y está llamado a resucitar y salvar a todos con su verdad, entonces se convierte inmediatamente en material etnográfico y no en un gran pueblo» (10, 199-200).

⁶ Quisiera llamar la atención del lector una vez más sobre el hecho de que en la comprensión de Dostoievski acerca de la «portación de Dios» por parte del pueblo ruso reside una contradicción que el propio escritor no advertía. Reiteremos: para el autor no existen ateos puros, pues, lo sepan o no, Dios vive en cada persona. Por ello, la «Gran Idea» sobre la inmortalidad del alma y la existencia de Dios está arraigada en el interior del ser humano. Si esto es así, entonces no puede existir un pueblo portador de Dios distinto a los demás, ya que la «portación divina» deja de ser un rasgo espiritual nacional para convertirse en la esencia misma de toda la humanidad y de todo lo existente. No sólo el pueblo ruso experimenta momentos de unión con Dios, es decir, momentos de revelación y contacto con otros mundos. No sólo él, porque Dios resuena también dentro de todas las personas sin hacer distinción de nacionalidades. Otra cuestión es considerar que diferentes pueblos viven con distintos grados de «nublamiento por pensamientos pecaminosos» y que, según Dostoievski, el pueblo ruso ha sido menos afectado por ello; en otras palabras, a través suyo el rostro divino era más reconocible y ninguna «neblina» lo cubría. Sin embargo, nuevamente, Dostoievski no sólo señala la conservación en el alma del pueblo ruso de una imagen no distorsionada de Cristo (lo cual no ocurre en otros pueblos), sino también su excepcional «portación divina», gracias a lo cual está llamado a revelar a Dios al mundo y salvarlo. Aquí me vienen a la mente las palabras de Dostoievski sobre que para amar a la humanidad primero hay que amar al prójimo. Pero para el escritor el «prójimo» era el hombre ruso (y ni siquiera cualquiera). Fuera de Rusia siempre se sintió «extranjero». Los extranjeros no son «próximos», sino lejanos, ajenos. En relación con ellos, sentía un amor abstracto por el ser humano en general, por la humanidad, pero no los amaba en la proximidad, debido a que eran ajenos. En el prójimo podía ver a Cristo, a Dios, pero en el extranjero, a menudo no lo notaba.

sobre el mundo, sino todo lo contrario: debido a esta excepcionalidad, el pueblo de Dios va humildemente a la hazaña del servicio. Ama la verdad y se sacrifica por ella si es necesario. El servicio es lo primero. Así vivió Cristo en la tierra y así vive, y no puede ser de otra manera, el pueblo portador de Dios, el cual ni siquiera se preocupa por algún aspecto formal de la enseñanza. Sólo la imagen de Cristo y sólo el amor al ser humano: he aquí su bandera para la unidad futura de la humanidad.

Amar al prójimo más que a uno mismo, servir, compadecerse, ser hermano de todos, orar por cada persona y demostrar al mundo con las acciones ese aire de virtuosa bondad, el de «la antigua Santa Rusia de los Makárov» (16, 128), con el cual se acompaña toda obra divina y se revela al mundo la Belleza, la Bondad y la Verdad divinas: en esto consiste la misión del pueblo portador de Dios. Unir a todos alrededor de la imagen de Cristo para que nadie se pierda, porque sólo Cristo es «Salvador y fuente de vida» (11, 179). El pueblo ruso unirá a todos en Cristo y toda la humanidad verá que la felicidad reside en desprenderse del propio yo, «con tal de que a otros les vaya mejor» (11, 193), y entonces actuará conforme a este principio; creerá en que el Verbo se hizo carne y tomará toda su moralidad de Él. «Imaginen –pregunta el príncipe Shátov (materiales preparatorios para *Los demonios*)– que todos son Cristos... ¿sería posible que no hubiera paraíso en la tierra inmediatamente?» (11, 192-193). Sí, habría paraíso. Y la misión del pueblo ruso también consiste en preparar la creación del paraíso para que todos sean como Cristos. Cuando eso suceda –y según Dostoievski debe suceder inevitablemente– no sólo Rusia, sino todo el mundo enfermo será sanado. Todos los demonios que alguna vez lo visitaron saldrán de él para no regresar jamás; las enfermedades desaparecerán y entonces el antiguo enfermo «se sentará a los pies de Jesús» (comparar las palabras de Stepán Trofimovich: 10, 499). La sanación comenzará en Rusia. Además, el pueblo ruso, portador de Dios, por misericordia divina, verá cómo en su tierra se realizará la nueva y última venida de Cristo.

Esto, por supuesto, es completamente natural, ya que el pueblo ruso es considerado como el principal instrumento de Dios para convertir la tierra en un paraíso, es decir, para llevar a cabo *Su Plan* respecto al ser humano. «El pueblo es el cuerpo de Dios» (10, 199), afirma Shátov⁷, y dado que, según Shátov, sólo el Dios ruso es

⁷ Por su parte, el apóstol Pablo afirma que Su cuerpo es la iglesia (Col. 1:24). Para Dostoievski el pueblo ruso y la Iglesia ortodoxa forman un todo. Creer en el pueblo significa creer en la Iglesia ortodoxa y, al contrario, creer en la Iglesia ortodoxa significa creer en el pueblo. Y si la Iglesia ortodoxa es la única verdaderamente Cristiana, entonces ésta es la única también que se alza como el verdadero cuerpo de Dios.

verdadero, no resulta extraño que el propio Dios actúe a través del pueblo ruso. Cabe mencionar que ya hemos visto cómo se formó este «cuerpo de Dios», desde la perspectiva de Dostoievski: al igual que cualquier pueblo, los rusos primero adoptaron una nueva religión (es decir, el cristianismo) y luego, basándose en los ideales morales de esta religión, crearon las formas civiles del pueblo. Posteriormente, el autoperfeccionamiento del pueblo sólo podía avanzar mediante la confesión de la religión recibida. De este modo, los ideales civiles «están orgánicamente vinculados con los ideales morales [...] y tienen como único propósito satisfacer la aspiración moral de dicha nacionalidad» (26, 166). Las formas civiles de cualquier pueblo se crearon para preservar ese tesoro recibido (la religión) y favorecer el perfeccionamiento del pueblo en esa línea; en caso contrario, cuando la forma de autoperfeccionamiento pierde sus referencias originales (es decir, cuando el tesoro recibido pierde su eficacia), entonces las mismas instituciones civiles desaparecen y el pueblo se corrompe. En cuanto al pueblo ruso, sus formas civiles fueron creadas para conservar lo más puro posible el cristianismo. La autocracia y el poder del zar son vistos por Dostoievski precisamente como aquella organización civil que contribuye a la automejora del pueblo ruso en el camino de Cristo. Su objetivo, el mismo que el del pueblo. El zar y el pueblo son una unidad y en ello radica la fuerza de Rusia.

El zar es el máximo representante de aquella estructura civil que ha sido generada por los ideales morales del cristianismo aceptado en Rusia. Dostoievski estaba sinceramente convencido de esto y también de que el poder zarista correspondía plenamente a las aspiraciones religiosas y morales del pueblo ruso. En otras palabras, la autoridad del zar tenía una base puramente cristiana y, por lo tanto, no contradecía en nada las esperanzas del pueblo ruso portador de Dios. En ello radicaba la principal fortaleza de Rusia: la integridad y unidad espiritual del pueblo ruso con su zar. Estas relaciones existían en la antigua Rus de Moscú y se conservaron después de las reformas de Pedro el Grande.

Para Dostoievski, el zar es, ante todo, un protector y defensor de la fe. En él, según el pensamiento del escritor, se expresa más que en cualquier otro la esencia y las aspiraciones del espíritu ruso. Por eso, el zar es una fuerza, pero «para el pueblo no es una fuerza externa ni la fuerza de algún conquistador [...], sino una fuerza nacional y unificadora que el propio pueblo ha deseado, que ha cultivado en sus corazones, que ha amado y por la cual ha sufrido, porque sólo de ella esperaba su liberación de Egipto.

Para el pueblo, el zar es *la encarnación misma de su ser* (cursiva mía, L. F.), toda su idea, sus esperanzas y creencias» (27, 21).

En tal situación, cabe decir que el zar ruso no podía sino estar no sólo en defensa de su pueblo, sino también a su completo servicio. El pueblo lo entendía bien y por eso lo amaba incondicionalmente y le obedecía. Y todo lo que hacía el zar surgía de un profundo sentido de unidad con su pueblo. No es casualidad que Dostoievski considerara que incluso «la constitución es el amor mutuo del monarca hacia el pueblo y del pueblo hacia el monarca» (28 (2), 280). El poder del zar está construido sobre la base del amor cristiano hacia el pueblo y, a cambio, el pueblo, según cree el escritor, «A cada zar [...] entrega y ha entregado siempre su amor y en él confía de manera definitiva. Para el pueblo, esto representa un misterio sagrado, un sacerdocio, una unción real» (28 (2), 281).

El pueblo es leal a su zar y el zar es leal a su pueblo; ellos son uno solo. Si el pueblo es el cuerpo de Dios, entonces el zar es la mente y el corazón de ese cuerpo. Por ello no resulta extraño que el pueblo lo considere como un padre y acuda libremente a él con obediencia. Sí, aquí hay plena libertad, porque en esta renuncia voluntaria no hay nada de servilismo; sólo existe la comprensión de que el propio zar renuncia a su voluntad para servir a su pueblo y a Dios. En esta renuncia se manifiesta la voluntad suprema del padre-zar; no puede ser de otra manera, pues él es precisamente esa síntesis manifestada de las aspiraciones del pueblo ruso⁸.

En su momento, cuando la intelectualidad rusa se distanció del pueblo y perdió el hilo conductor secular en la vida, el propio pueblo no quedó abandonado al arbitrio del destino. Aun así, tenía su fe propia y a su zar-padre como guardián de lo Sagrado, quien no se convirtió en representante de una familia cualquiera: el zar-padre recibió

⁸ Dostoievski, sin embargo, entendió que esta «unidad» del zar con el pueblo no siempre se llevó a cabo en la práctica, aunque por alguna razón el escritor prefería mirar más al símbolo que al zar vivo, no siempre al servicio del pueblo y de Dios. Por ejemplo, en *Diario del escritor* de 1881, escribe: «el zar después de la reforma campesina *no sólo en la idea, no sólo en la esperanza* (cursiva mía, L. F.), sino, de hecho, se convirtió en su padre» (27, 22). Para mí, lo importante aquí no es la alabanza a Alejandro II, sino el reconocimiento de que antes de eso todo era sólo «en idea», «en esperanza». Otra confesión, todavía más notable, pues fue escrita por Dostoievski en su *Cuaderno de apuntes*, que no estaba destinada a ser impresa: «soy siervo del zar, porque sus hijos, su pueblo, no son perseguidos por el siervo zar. Seré aún más siervo de él cuando éste realmente crea que el pueblo es hijo suyo. Algo que ya hace tanto no cree» (27, 86). Pienso que la fe en el zar es una cuestión de convicciones. Dostoievski casi nunca dejó de creer en el zar y en el hecho de que éste estaba llevando a cabo su misión, pero a veces tenía dudas. Tales dudas no desestabilizaron la fe del escritor en el significado y el papel del zar ruso, sino que lo transfirieron del mundo de la abstracción a la realidad cotidiana, donde la idea persistió, pero no reinó tan unánimemente.

del pueblo al verdadero Dios y él mismo cultivó en sus hijos la fe en Él y en la existencia de la inmortalidad.

El pueblo no será abandonado. El zar-padre no puede dejar a sus hijos portadores de Dios y cumple ante ellos el papel de una especie de guía-sacerdote que finalmente conducirá a sus hijos hacia el verdadero y supremo Padre. La gran esperanza del pueblo puesta en el zar se fortalece también porque los objetivos del padre terrenal necesariamente coinciden con los objetivos del Padre Celestial. Así, el pueblo está con el zar en la misma medida que el zar esté con Dios. Y esto es natural, ya que el zar también es pueblo, también es portador de Dios.

El zar no es el representante de Dios ante el pueblo, pero sí es el representante del pueblo ante Dios. Él, gobernando, realiza cierto tipo de servicio religioso a Dios. Por lo tanto, no es vergonzoso ser servidor del zar, ya que el zar sirve a Dios. El culto divino tiene como objetivo traer al mundo una *nueva palabra* y restablecer el verdadero Reino de Dios en la tierra, crear una iglesia universal unificada basada en el amor cristiano y en la unión en Cristo.

En la edición de febrero del *Diario del escritor* de 1877, Dostoievski escribió las siguientes palabras: «es necesario que también en los organismos políticos se reconozca esa misma verdad, la misma verdad cristiana existente para cada creyente» (25, 51). Tal organismo político que sigue la verdad cristiana tanto en asuntos internos como externos es Rusia. Por supuesto, Dostoievski comprendía que en la política rusa se habían cometido errores, pero eso no era lo esencial; el escritor amaba a Rusia como estado porque, según su opinión, el carácter moral y el espíritu de su política eran sinceramente cristianos. Por ejemplo, consideraba que «toda la vida política de Rusia durante, puede ser, casi todo el siglo XIX, fue esencialmente un sacrificio por Europa con casi todos sus intereses» (21, 242). En realidad, servir a Europa y, finalmente, al mundo entero, nunca será perjudicial para los intereses de Rusia; sin embargo, para una mirada no preparada podría parecer así porque tal política sólo muestra altruismo. Quien así lo creyera no estaría equivocado al pensar esto, pero concluiría erróneamente que actuar así es desventajoso y que cualquier nación debería preocuparse más por su propio beneficio. Sin embargo, como afirma Dostoievski, la mejor política para «cualquier nación verdaderamente *grande* es precisamente esta política de honor, generosidad y justicia» (23, 65), de la cual se nutrió Rusia.

No debe sorprender ni inducir a error a nadie el hecho de que Rusia aparentemente no piense en sí misma. Todo lo contrario, pues cuando piensa en sí misma y en su desarrollo, es precisamente entonces cuando más siente la necesidad de servir. «La política del honor y del desinterés –añade Dostoievski– no sólo es la más elevada, sino quizá también la más beneficiosa para una gran nación, precisamente porque es grande. La política de la practicidad inmediata y de lanzarse continuamente hacia donde sea más ventajoso o necesario denuncia la pequeñez y la impotencia interna del Estado, una situación amarga. El ingenio diplomático, el sentido práctico y utilitario siempre han estado por debajo de la verdad y el honor, y al final, la verdad y el honor siempre terminaron por triunfar» (23, 66).

Europa no ha comprendido a Rusia. Siempre ha sospechado de sus intenciones ocultas y no ha creído en su desinterés. Para Dostoievski no hay duda alguna sobre esto y por ello estaba convencido de que toda Europa se opondría a Rusia cuando se trataran asuntos mundiales si Rusia quisiera expresar su palabra. No puede ser de otro modo, ya que además de que Europa no confiará en Rusia, ofrecerá al mundo un ideal completamente distinto al ruso. Al respecto, Dostoievski escribe en su *Cuaderno de apuntes*: «La idea moral suprema desarrollada por toda la vida occidental es el socialismo venidero con sus ideales, y esto es indiscutible. Pero la verdad cristiana conservada en la ortodoxia está por encima del socialismo. Aquí será donde nos encontremos con Europa; es decir, se resolverá la cuestión: ¿Se salvará el mundo por Cristo o caerá bajo el totalmente opuesto principio de la destrucción de la voluntad, de la transformación de la piedra en pan?» (24, 185).

La verdad de Cristo se ha conservado en la ortodoxia y, finalmente, prevalecerá. Dostoievski no sólo esperaba esto, sino que creía firmemente hasta estar completamente convencido. La verdad de Cristo, aceptada con todo el corazón por el pueblo ruso, determinó la forma del Estado ruso. El organismo civil emanaba de los ideales morales del pueblo ruso, de su ortodoxia. Por ello, el estado ruso siempre se distinguió de los demás estados europeos, a juicio del escritor, en que en Rusia el concepto de *Estado* adquiriría un significado distinto: en Europa, la religión y los ideales morales derivados de ella están subordinados al estado porque la iglesia occidental aspira a convertirse en estado. En Rusia sucede todo lo contrario. Aquí, según Dostoievski, «el *Estado* es ante todo una sociedad cristiana y aspira a convertirse en iglesia» (27, 80); aquí no existe esa aspiración occidental de primero formar una unión estatal sólida y luego una

espiritual, sino exactamente lo contrario: «primero la unión espiritual [...] en Cristo y luego [...] inevitablemente derivada de ella la correcta unión estatal y social» (25, 152).

En la novela *Los hermanos Karamazov*, Dostoievski retoma la cuestión de la iglesia y a través de Iván Karamazov, el padre Paisiy y el *stárets* Zosima formula su pensamiento fundamental acerca de que, en última instancia, el estado debe elevarse hasta transformarse en iglesia (véase, por ejemplo, 14, 58). El escritor estaba convencido de que el estado ruso seguía este camino y que sin duda alcanzaría su objetivo. Pero no sólo él, pues a fuerza de que el estado ruso, encabezado por el zar es, políticamente, según Dostoievski, una sociedad cristiana unida, ésta no puede dejar de servir activamente a Dios en el mundo.

El servicio divino del estado ruso, junto con su pueblo, consiste en manifestar al mundo la imagen de Cristo; y así contribuir a la transformación de los estados paganos⁹ en cristianos. Esto significaría prácticamente convertir toda la tierra en una iglesia, es decir, realizar, según el entendimiento de Dostoievski, el paraíso en la tierra. Esto implica que, en efecto, todos los estados actuarán en paz como lo hacen los santos. Así como existen personas santas, también habrá estados santos –todos sin excepción– que voluntariamente desearán servir a la humanidad, renunciar a intereses egoístas y amar al prójimo antes que a sí mismos. Entonces los estados como tales ya no serán necesarios y desaparecerán, pues surgieron cuando el hombre entró en la etapa de la civilización y se alejó de lo espontáneo y natural. Los estados intensificaron la división entre «los propios» y «los extraños», pero cuando se conviertan en iglesia, todos serán familia. No habrá muchos estados, sino solamente una iglesia universal.

Dostoievski no consideraba que debiera esperarse hasta que este sueño de transformar los estados en una única iglesia se cumpla. En absoluto. La transformación del estado en iglesia, que equivale a la realización del paraíso en la tierra, debe convertirse en un asunto estatal. Pero esto sólo es posible si el propio estado es cristiano. Ya hemos visto que Rusia fue, según Dostoievski, ese tipo de estado. De aquí se comprende qué misión mundial y salvadora debía cumplir Rusia. La luz brillará sobre el mundo desde Rusia porque está destinada por Dios para esta misión. Y ella con alegría y voluntariamente seguirá adelante pues esta hazaña amorosa de servicio al mundo corresponde totalmente a su espíritu.

⁹ Como estados paganos Dostoievski incluía no sólo a aquellos en donde vivían naciones que profesaban otras religiones; él incluía también a aquellos estados supuestamente cristianos que en realidad tenían unos objetivos distintos al cristianismo como tal.

En 1877, cuando se declaró la guerra contra Turquía, Dostoievski consideraba que, finalmente, comenzaba la misión de Rusia de difundir la imagen de Cristo y convertir a los estados paganos en cristianos. El gobierno zarista proclamó su intención de liberar al Oriente ortodoxo del yugo turco que había durado siglos y el pueblo ruso se levantó con alegría para apoyar a sus hermanos eslavos, demostrando en la práctica su disposición a sufrir «por la causa ortodoxa». Así era cómo Dostoievski percibía la guerra contra Turquía: no como una guerra conquistadora, sino liberadora. Y aunque el zar «realmente es pacífico y realmente lamenta la sangre humana» (25, 97), Dostoievski creía que la guerra era necesaria. En primer lugar, porque era necesario liberar todo el Oriente ortodoxo y unirlo bajo el liderazgo del zar blanco¹⁰; en segundo lugar, porque Dostoievski pensaba que Rusia necesitaba Constantinopla para presentarse ante el mundo como la legítima heredera del cristianismo ortodoxo. Constantinopla debía ser rusa para unir definitivamente a todos los pueblos ortodoxos e iniciar una ofensiva hacia el mundo, conquistarlo con la luz de Cristo y convertirlo en una iglesia única y universal. Constantinopla debía ser rusa no para obtener poder, sino como un servicio al mundo. Rusia tiene derecho a poseer Constantinopla porque si esta ciudad es el centro del Oriente, entonces Rusia es, desde su posición, el *centro espiritual* del mundo oriental. Por lo tanto, para que Rusia cumpla su destino y salve al mundo con la imagen de Cristo, ella necesita a Constantinopla.

«Rusia ya es consciente –escribe Dostoievski en el número de noviembre del *Diario del escritor* de 1877–, junto con su pueblo y su zar a la cabeza, de que sólo ella es portadora de la idea cristiana, que la palabra ortodoxia se transforma en ella en una gran obra, que esta obra comenzó con la guerra actual y que aún le esperan siglos de cadáveres, de sacrificios, de entrega total para plantar la fraternidad entre los pueblos y un ferviente servicio maternal hacia ellos como hacia hijos queridos» (26, 86-87). Éste es el principal sentimiento que guió a Dostoievski en sus reflexiones sobre la guerra. Constantinopla debe ser rusa no porque Rusia tenga intenciones expansionistas, sino porque la antigua Ciudad Imperial debe convertirse en la capital de toda la

¹⁰ Desafortunadamente, si Dostoievski hablaba casi todo el tiempo sólo de la dirección espiritual de Rusia (el hermano mayor de los eslavos), en el *Cuaderno de apuntes* de 1877 ya leemos lo siguiente: «Todo el Oriente ortodoxo debe pertenecer al zar ortodoxo, y no debemos dividirlo (en lo sucesivo en eslavos y griegos)» (24, 313). Aquí ya se habla claramente de la subordinación política de otros pueblos a Rusia, aunque el estado ruso, que no es más que una sociedad cristiana, convertirá esa subordinación política en la unión política de los hermanos menores con el hermano mayor. El lector, por supuesto, comprende la dualidad de esta situación, especialmente cuando los «hermanos» aún no han aclarado completamente entre sí sus relaciones de «parentesco».

ortodoxia, y Rusia es precisamente la líder, protectora y guardiana de esta fe. Por supuesto, al destruir el imperio turco, Rusia no oprimirá a ningún pueblo; al contrario, vendrá a liberarlos y se presentará ante ellos como «su protectora e incluso, tal vez, su líder, pero no su soberana; su madre y no su señora» (23, 44).

En la esencia misma del pueblo ruso está arraigada la necesidad de servir a Dios y al mundo. Unir a sus hermanos ortodoxos en Cristo es para él más que una simple necesidad: es su destino; especialmente porque al liberar a los pueblos oprimidos por los turcos, el pueblo ruso podrá expresar su «nueva palabra», mediante la cual le declarará al mundo su amor. Esto será, como dice Dostoievski, «la real elevación de la verdad cristiana preservada en Oriente, el verdadero nuevo levantamiento de la cruz de Cristo y la palabra definitiva de la ortodoxia, a la cabeza de la cual desde hace tiempo se erige Rusia» (23, 50). El mundo ortodoxo se unirá y empezará su misión de llevar la luz a todos los rincones, lo cual traerá como consecuencia que se materialice la tan anhelada «renovación de la gente en los verdaderos principios cristianos» (*idem*).

En todo esto percibo una contradicción entre Dostoievski y el espíritu cristiano, ya que, aunque sinceramente suponía en la política rusa objetivos cristianos –la liberación de los eslavos oprimidos y la posterior transformación del mundo en una única iglesia cristiana–, el escritor admitió medios no cristianos para su realización. No debemos olvidar que cuando los primeros cristianos se dispusieron a conquistar el mundo, lo hicieron no con armas, sino con la predicación y el ejemplo de amor. El mismo Cristo, al ser arrestado, prohibió a Pedro defenderlo con la espada: «Vuelve tu espada a su lugar; porque todos los que tomen espada, a espada perecerán» (Mt. 26, 52). Sin embargo, Dostoievski acepta la necesidad de la guerra para la causa cristiana que Rusia debe llevar a cabo. Acepta una enmienda al mandamiento mosaico «No matarás»: a veces está permitido cuando los asuntos de fe y salvación de la humanidad así lo requieren. No dudo de que era necesario liberar a los eslavos, especialmente cuando los turcos cometían atrocidades monstruosas contra ellos; sólo afirmo que Dostoievski mismo, cuando no se trataba de la cuestión oriental, no dudaba: los fines nunca justifican los medios. Raskólnikov dividió a las personas en débiles y fuertes y concedió a los fuertes el derecho de derramar sangre con el permiso de la conciencia: matar cuando sea necesario si se sabe que eso traerá felicidad al pueblo. ¿Se dio cuenta Dostoievski que había cedido ante Raskólnikov? Pero Sonia Marmeládova, horrorizada, hace una pregunta que implica la negación de la justicia a la Raskólnikov: «¿Matar? ¿Tiene derecho a matar?» (6, 322). No, nadie tiene derecho bajo ninguna circunstancia.

Por supuesto, entiendo que Turquía no es una vieja usurera, que se trata de un imperio que con la espada esclavizó a pueblos completos, pero que entonces, si realmente es necesario el uso de la violencia para la liberación de los eslavos, no se afirme que a través de esta violencia se lleva a cabo una obra cristiana con el fin de salvar al mundo, lograr una futura armonía y convertir la tierra en un templo abierto de Dios, pues no se puede mostrar al mundo con la espada o la guerra la imagen perdida de Cristo, que aún se conserva «pura» en el cristianismo ortodoxo. De otra manera vendrán millones de Ivanés Karamázov a regresar su boleto a la armonía futura. ¿Acaso no existe ese ser humano, incluso entre los turcos, que para el propio Dostoievski es un valor en sí mismo? ¿O esto sólo aplica a los cristianos ortodoxos? ¡Pero él sueña con la salvación del mundo entero por medio del Cristo ruso! No, yo quiero decir que Dostoievski veía en la posibilidad de que los rusos conquistaran Constantinopla el inicio de la misión de Rusia sobre la tierra; es decir, Constantinopla es un símbolo del cristianismo ortodoxo; si fuera rusa, eso significaría que el movimiento mundial hacia la realización del paraíso en la tierra y el triunfo definitivo de Cristo ya habría entrado en su etapa decisiva. Sin embargo, no se puede sacrificar la vida en nombre del símbolo. Por ese símbolo, y sin darse cuenta él mismo, Dostoievski, rebajó el ideal cristiano: introdujo sus representaciones simbólicas relacionadas con el ideal directamente en la vida y lo que resultó fue un reflejo distorsionado del ideal. Es decir, en esencia, el símbolo aplicado a la vida dejó de corresponder al ideal. El símbolo del ideal no es todavía el propio ideal y Dostoievski accidentalmente adaptó el ideal al símbolo; pero entonces ése ya no era el mismo ideal. Y que esto ya no es lo mismo quizás sea comprensible si simplemente imaginamos qué diría el más acabado ejemplo del hombre positivamente hermoso en la persona de Zosima acerca de esta cuestión. ¿Puedes, querido lector, imaginar que Zosima dijera que «Constantinopla debe ser nuestra»? ¿O que «la guerra no siempre es una calamidad; a veces también es una salvación»? Éste ya no sería Zosima. ¿Cómo podríamos convertirnos en Cristos, como deseaba Dostoievski, si nosotros mismos recorremos el mundo con la espada, «por amor a la humanidad»?

El despertar espiritual de la sociedad rusa en relación con la guerra contra Turquía por la liberación de los pueblos eslavos y «por la causa ortodoxa» provocó un gran optimismo en Dostoievski. La cuestión es que esa unión entre la intelectualidad y el pueblo, por la que tanto anhelaba, parecía comenzar a hacerse realidad ante sus ojos. Así lo creyó cuando vio que la alta intelectualidad rusa se había unido al pueblo y juntos se habían levantado para defender a los pueblos eslavos oprimidos por Turquía. «Los

rusos, los verdaderos rusos –constata con alegría el escritor–, de pronto resultaron ser mucho más numerosos de lo que muchos, también verdaderos rusos, creían hasta entonces» (23, 103). Antes de eso, había desacuerdos dentro de la propia intelectualidad. Pero ahora, durante el fragor de la guerra, resultó que en lo esencial, según Dostoievski, no se habían dividido. ¿Y qué era eso «esencial», aquello que continuaba uniendo a los intelectuales entre sí y que además coincidía con el espíritu popular y su aspiración? Eso «esencial» Dostoievski lo llama «la idea eslava», que consiste principalmente en «el sacrificio, incluso la necesidad del sacrificio personal por los hermanos; y el sentimiento del deber voluntario por parte del más fuerte de los pueblos eslavos para proteger al débil con el fin de igualarlo consigo mismo en libertad e independencia política; estableciendo así para siempre una gran unión paneslava en nombre de la Verdad crística, es decir, en beneficio, amor y servicio a toda la humanidad, en defensa de todos los débiles y oprimidos del mundo» (*idem*).

Para Dostoievski, la unión de todos los eslavos es sólo el comienzo de la unión universal de los pueblos de nuestro planeta en nombre de la verdad cristiana. Y si, por ejemplo, como pensaba Dostoievski, el socialismo también tiene como objetivo la unión de todos los pueblos, la diferencia entre el socialismo y la «idea eslava», –que él consideraba ante todo rusa– radicaba en que el socialismo intenta cambiar primero la vida económica y, en virtud de ello, después cambiar moralmente al propio ser humano, en tanto que, como fundamento moral, el socialismo no considera necesario el ejemplo de Cristo. Se puede prescindir de Dios. Él no existe y mejor así. El hombre creará una sociedad ideal no con la ayuda de Dios, sino con la ciencia. Dostoievski, por supuesto, no acepta este enfoque, ya que, para él, sin Dios, el hombre sólo creará un hormiguero y nada más. Sin Dios, el ideal moral y el concepto de Belleza se enturbiarán. No, decididamente, «así no se crea una sociedad, esos caminos no conducen a la felicidad» (29 (1), 214). La idea «eslava», por su parte, presenta al mundo una solución completamente diferente: el ideal sólo se puede alcanzar mediante la hazaña amorosa y el servicio a la humanidad. Sin violencia¹¹, sin revoluciones armadas. No matar en nombre del ideal, sino brillar, iluminar a los demás para su realización, siguiendo el ejemplo de Cristo. El ideal es alcanzable, pero no sin Dios, porque el ideal mismo

¹¹ La cual, sin embargo, como ya hemos señalado, él permitía al declarar que Constantinopla debía convertirse en rusa por la fuerza de las armas en nombre de la «causa ortodoxa». A pesar de ello, cabe aclarar que ni el Cristo de Dostoievski, ni sus hombres positivamente hermosos, veían la violencia como una vía permisible. Justo aquí está la clave para limpiar al Dostoievski mundano y desentrañar al Dostoievski «realista» en el más alto sentido de la palabra.

proviene de Dios. Es Él quien indica el camino y la meta. Al contraponer esta solución sobre la felicidad de las personas al socialismo europeo, Dostoievski le da el nombre de «socialismo ruso». El socialismo ruso se basa en la fe en que se realizará «la iglesia universal de todos los pueblos» (27, 19), gracias a la cual terminarán los padecimientos de la humanidad. Ésta última se purificará de toda oscuridad, pues la iglesia universal no es sólo un edificio, sino que abarca toda la tierra, convertida en el Gran Templo en el que no hay lugar para nada que no esté relacionado con la Belleza, el Bien y la Verdad. Entonces, por supuesto, el mundo se salvará «mediante la unión universal en nombre de Cristo» (27, 19), y finalmente se restablecerá el paraíso en la tierra, tras lo cual ya no habrá una segunda caída.